Centro Cultural de la Memoria Haroldo Conti

X Seminario Internacional *Políticas de la memoria*: "Arte, memoria y política"

28, 29 y 30 de septiembre de 2017

¿Es el arte una memoria de la especie?

Alejandra Adela González

Trabajaremos sobre un interrogante: ¿es el arte una memoria de la especie? Esa perspectiva abre, al menos, dos opciones a ser consideradas. Por un lado, puede convertirse simplemente en un sistema de representaciones, un inconsciente óptico podríamos llamarlo con Jameson, que nos rigidiza en un conjunto de presupuestos no pensados, presupuestos culturales, políticos. Allí se abriría una morada para que las subjetividades diversas producidas por esos mismos esquemas encubrieran sus condiciones de producción poniéndose a si mismas como origen del sentido. Por otro lado, podría pensarse en una memoria que operara como una verdad imposible de ser consolidada y que siempre irrumpiría en el saber de la autoconciencia discontinuando el discurso. Un relámpago peligroso en la imagen del mundo. Así se daría el clivaje entre los avatares de una memoria fetiche y los dramas de una memoria como acto.

¿Memoria e Historia son una continuidad o se descompletan mutuamente? Donde la memoria adviene como aquello que irrumpe, la historia ordena en una cronología tranquilizadora. Operaciones memoriosas: las que rompen la ilusión de la linealidad histórica. En una cadena causal donde el tiempo logra escandirse en relaciones sucesivas, la memoria trae aquello que dificultosamente logra integrarse. Paradoja de una comunidad que, recordando su pasado, elabora su porvenir. Pero la historia, reducida a su estatuto epistemológico, recompone sustancias. ¿Cómo oponerse a hacer de la memoria un fetiche que se ubique en el lugar donde todo yo, incluso el nosotros, tendría que temer y temblar?

Responder con un nombre, el propio, justamente el significante sin significado que alude a la falta en ser que nos constituye, permite hilar la infinidad de historias con que se teje la trama siempre en cuestión de la memoria de la tribu, siempre en busca de un sentido más puro. Ese quién permite la liturgia memoriosa que articula retrospectivamente el deseo con el futuro imaginarizado. Así, la manera en que la memoria se hace historia es sosteniéndose en una

identidad que se constituye por la vía del relato de sí. Pero si mantiene su función de relámpago no tomará el camino de la cronología, sino el kairos, la interrupción del tiempo de la conciencia, por una verdad que a abrupta, descompone las certezas de una sustancia demasiado errante para ser atrapada en ninguna historia.

No Entregar Carhue al Huinca

Aceptación de la propia finitud y de la parcialidad de todo relato que lo aleja de la promesa de la vida eterna, para conectar con la memoria humana. Narraciones, testimonios, parajes, territorios de lo no dicho, la inmortalidad hecha de fragmentos de relatos. Narraciones de la lengua materna, de las voces íntimas de la tribu, que deplora las gramáticas estatales. Violencia fundadora de una palabra en los orígenes que se despliegue en los espacios democráticos de aparición pública, o en los gritos de resistencia que horadan los espacios de las cartografías oficiales. Representaciones miméticas de lo real, fantasías cosmológicas, escrituras del poder, todo eso trasunta en el juego con las cartografías que dibujan, transforman, descomponen los espacios transitados por la mirada del caminante, por la furia del galope, o por la sed de estabilización del geógrafo.

No Entregar Carhue al Huinca

¿Cómo no hacer de la memoria una piedra, y de esa piedra verdadera una intempestiva que arrase con las superficies del saber? “Cada palabra es violencia, una violencia mucho más temible cuanto más secreta es: es el centro secreto de la violencia, violencia que se ejercita sobre aquello que la palabra nomina y puede nominar sólo privándolo de la presencia, y ello, como se ha visto, significa que cuando hablo, habla la muerte” provoca Blanchot.

Entonces, cuando la historia relata, también mata con su poder de decir la vida presente en la experiencia. Porque cae en la trampa del “decirlo todo”. Mejor seguir el itinerario de una memoria accidentada, de una palabra errante que disminuye el poder de los relatos oficiales. De lo contrario, memoria e historia se confunden en una violencia identificada con lo real.

Memoriosa es la lengua cuando posibilita el decir de lo imposible. La historia no puede ser la forma probatoria de una memoria hecha relato, sino el espacio donde lo que irrumpe súbitamente como recuerdo, corrompe, pone en jaque la transparencia del lenguaje. Es el espejismo de la palabra lo que la memoria descompleta. Por eso, escribir es la tarea de abolir la subjetividad al tiempo que se la historiza. Porque se trata de la particularidad de la experiencia. Y eso es lo que irrumpe en las narrativas no museificadas, lo que inquieta a una memoria que no se identifica completamente con la historia.

No Entregar Carhue al Huinca

No hay palabras que narren las desdichas de la tribu. Para el dolor una memoria desmesurada, y una historia que no alcanza a cubrir con los retazos de lo simbólico el acontecimiento de la muerte, la humillación, las desapariciones, las heridas. Son los muertos los portadores de una memoria que no deja dormir, los fantasmas que se asientan en las espaldas y exigen sus honras fúnebres.

¿Cómo responder a la interrogación que quiere dar a nuestro más íntimo padecimiento un estatuto simbólico? Para el dolor, como recuerda Arendt, para ese instante del dolor físico, en el que cada quien está absolutamente solo, no hay palabra. Entonces, ¿cuál podría ser el sentido de la experiencia subjetiva, esa que le permita traducirse en historia? ¿O la historia es precisamente la pérdida de esa experiencia? Pero si queremos recuperar ese resto caído del devenir, será necesario atravesar la esfera de lo íntimo, de lo privado, privado de todo poder, para acceder a la esfera de lo público. Un ámbito, donde los recuerdos peligran porque la historia disciplinar lo puede tomar como objeto de relato.

Ahí arriba el testimonio, ese espacio donde la comunidad sólo puede ser sujeto de la enunciación, no objeto del discurso. Así, desde ese lugar que nos confirma y a la vez nos desmiente, opera la memoria para deshacer toda ilusión de continuidad y de unidad. Lo que se construye en el decir es lo que se desvanece en el tiempo, el puro fluir de las vivencias.

Una memoria que se hace lugar, donde una cultura aloja las instancias traumáticas que la historia no termina de domeñar. En lo que la experiencia tiene de inasimilable, se resguarda la memoria, allí desde donde siempre se puede cuestionar la construcción histórica. No se trata de disipar la historicidad, sino de pensar las heridas de una comunidad, que quiere perseverar en su vida.

Lo que anida en la memoria siempre es particularidad, contingencia, ¿Cómo tomar la palabra, cuando el saber no es garantía, cuando no hay una matriz disciplinaria que ya haya domesticado los significantes hasta hacerles segregar un único sentido? ¿De qué modo permitirse el deslizamiento por el discurso, por el tiempo, que vaya modulando sin fetichizar, para que las palabras no rueden como monedas viejas, los recuerdos no se conviertan en ajenos, para que conmuevan los cuerpos?

La memoria oponiéndose al fetiche que completa los vacíos, como la reivindicación más provocativa frente al sometimiento de la realidad. Allí se podrían enlazar tramas individuales

y colectivas, deshechas las marcas de pertenencia, que nos dejan fijados a un historicismo sin retorno.

La racionalidad que se vale de la lengua para construir el relato de los orígenes, es la misma que lo debe corroer y desmitificarlo, del mismo modo que se acaba con las idolatrías. Así, la memoria bucea en las identidades fijas y las saca de las redes de los fundamentalismos, de las ido-logias, manteniendo fluctuante un lazo que separa a la vez que une. Eterno retorno de la repetición que hace diferencia. No hay progreso en la verdad, sino insistencia en un decir que no recubre el dolor.

NO ENTREGAR CARHUE AL INCA

La repetición devota de esta frase, es un enigma que cada generación precisa develar, y que cada relato resignifica en un acto de resistencia que le otorga la fuerza de una nueva intempestiva. Si siempre en el origen de la comunidad, hubo un crimen, el del padre, el de Abel, el de la altiva Troya, de la que no queda piedra sobre piedra, parece que el desafío para la tribu es construir un relato que al menos retenga en la memoria aquello que hemos destruido para advenir a la existencia. Reconociendo la alteridad olvidada en el origen, y la marca del otro. Acontecimiento histórico el de la enunciación. ¿Qué significa hoy para nosotros No Entregar Carhue al Huinca? Habrá que decirlo tal vez incluso con otras palabras. La única garantía de encontrar un sentido renovado es que sea un acto de resistencia.

Pero cuando en el deslizamiento de la lengua, se constituye una acción simbólica es porque se ha producido una revolución . Esa voluntad de articularse en lugares de palabra que impugna las aceptaciones silenciosas. Palabra y acción se identificarán en un mismo gesto. Y este gesto es el que establece la frontera entre la irreductibilidad de la conciencia y la objetividad de las instituciones.

Cada movimiento de presentación subjetiva cuestiona la relación que la sociedad tiene con el lenguaje. La podría ser el relato de ese malestar si no se entrega al coleccionismo de recuerdos. El malestar que se evidencia en las revueltas: lugar donde se produce la apropiación de una palabra en la medida en que los juegos del lenguaje transforman la gramática. Pero si la gramática es la ciencia del poder, cada vez que se hace evidente la

necesidad de lenguaje, es porque falta la palabra que exprese ese gesto. Y en esa falta de palabra, se produce un trastrocamiento del orden. Entre el poder como espacio de aparición y el lenguaje se abre un hiato, equivalente al que existe entre teoría y praxis. Se reclama el poder de hablar. Y ese es el acontecimiento histórico. Esa revuelta dura el tiempo de un instante. Memoria es la productora de desorden, la que permite escapar de la esfera de los significados al tiempo del sentido.

La memoria requiere del escándalo, desacomoda los hechos, rompe la sintaxis de los relatos domesticados. Y permite la revuelta política. Por eso vale en la medida en que transgrede, como un desaparecido apareciendo en la superficie de la sociedad establecida. Si se trata de esta memoria, pura resistencia de la verdad como relámpago, habrá siempre represión, desde un saber disciplinador. Esa es la revuelta en que, tras un largo ausentamiento de sí, hace estallar los mapas, las ilustraciones, los manuales de historia, los textos oficiales. Cuando la memoria entra aparece un lugar irrepresentable en las cartografías: el de lo que nunca termina de saberse. Política de la memoria, haciendo límite a la historia, a las instituciones. El trabajo de una comunidad que se da a sí misma un futuro, qué es hoy para nosotros “No Entregar Carhue al Huinca”